

movimiento que nos llenó de pesar y estupor a todos. A las tres de la tarde del mismo día, dejando una cruz sobre la tumba de Nay, nos dirigimos su hijo y yo a la hacienda de la sierra.

XIV

Pasados ocho días, empezó a calmarse el pesar que la muerte de Feliciano había causado en los ánimos de mi madre, Emma y María, sin que por ello dejase de ser ella el tema frecuente de las conversaciones. Todos procurábamos aliviar a Juan Angel con nuestros cuidados y afectos, siendo esto lo mejor que podíamos hacer por su madre. Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo pusiese bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debía considerarse solamente como un criado de nuestra casa. El negrito, que ya tenía noticia de mi próximo viaje, manifestó que lo único que deseaba era que le permitieran acompañarme, y mi padre le dió alguna esperanza de complacerle. A pesar de lo sucedido la noche víspera de mi marcha a Santa***, María continuaba siendo conmigo lo que había sido hasta entonces; aquel casto misterio que había velado nuestro amor, le velaba aún. Apenas nos tomamos la libertad de pasear algunas veces solos por el jardín o el huerto.

Olvidados entonces de mi viaje, retozaba ella a mi alrededor, recogiendo flores que ponía en su delantal para venir después a mostrármelas, dejándome escoger las más bellas para mi cuarto, y disputándome alguna que fingía reservar para el oratorio. Ayudábale yo a regar sus predilectas, para lo cual se recogía las mangas, dejando ver sus brazos, sin apercibirse de lo hermosos que me parecían.

Nos sentábamos a la orilla del retumbe, coronado de madre selvas, desde donde veíamos herir y serpentear la corriente del río en el fondo

profundo y monstruoso de la vega. Afanábase otras veces por hacerme distinguir entre los lampos de oro que el sol dejaba al ocultarse, leones dormidos, caballos gigantes y ruinas de castillos de jaspe y lapizlázuli, y cuanto se complacía en forjar con entusiasmo infantil. Mas si la más leve circunstancia nos hacía pensar en el viaje temido, su brazo no se desenlazaba del mío, y deteniéndose en ciertos sitios, me buscaban sus miradas húmedas, después de espirar en ellos algo invisible para mí. Una tarde (hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria!) la luz de los arboles moribundos del ocaso se confundía bajo un cielo teñido de lila, con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro. Los vientos bajaban retozando de las montañas a las llanuras; las aves buscaban presurosas sus nidos en el follaje de los sotos. Los bucles de la cabellera de María, que corría lentamente al jardín, asida de mi brazo con entrambas manos, me habían acariciado la frente más de una vez; ella había intentado reclinar la sien sobre mi hombro; nada nos decíamos... De repente se detuvo en el extremo de una senda de rosales; miró por algunos instantes hacia la ventana de mi cuarto, y volvió a mí los ojos para decirme:

—Aquí fué: así estaba yo vestida; ¿lo recuerdas?

—Siempre, María... siempre—le respondí, cubriéndole las manos de besos.

—Mira: esa noche me desperté temblando, porque soñé que hacías eso que haces ahora... ¿Ves ese rosal recién sembrado? Si me olvidas, no florecerá; pero si sigues siendo como eres, dará las más lindas rosas, y se las tengo prometidas a la Virgen, con tal que me haga conocer por él si eres bueno siempre.

Sonreí enternecido por tanto amor e inocencia.

—¿No crees que será así?—me preguntó muy seria.

—Creo que la Virgen no necesitará tantas rosas.

Hizo que nos acercáramos a la ventana de mi cuarto. Una vez allí, desenlazó su brazo del mío; se dirigió al arroyo, distante unos pasos, anudándose a la cintura el pañolón; y trayendo agua en el hueco de las manos juntas, se arrodilló a mis pies, para dejarla caer a gotas sobre una cebollita retoñada, diciéndome:

—Es una mata de azucenas de la montaña.

—¿Y la has sembrado ahí?

—Porque aquí...

—Ya lo sé; pero esperaba que lo hubieses olvidado.

—¿Olvidar?... ¡Cómo! ¿es tan fácil olvidar?...— me dijo, sin levantarse, ni mirarme.

Su cabellera rodaba destrenzada hasta el suelo, y el viento hacía que algunos de sus bucles tocaran las blancas mosquetas de un rosal inmediato.

—¿Pero no sabes por qué encontraste aquí el ramillete de azucenas?

—¿Cómo lo he de saber? Porque ese día hubo quien supusiera que yo no quería volver a poner flores en su mesa.

—Mírame, María.

—¿Para qué?—respondió sin levantar los ojos de la matita, que parecía examinar con suma atención.

—Cada azucena que nazca aquí, será un castigo cruel por un solo momento de duda. Vamos a sembrar tus azucenas lejos de este sitio.

Hiné una rodilla en tierra.

—No, señor—me respondió alarmada, y cubriendo la matita con entrambas manos.

Yo me volví a poner en pie, y cruzado de brazos, esperaba a que ella terminara lo que hacía, o fingía hacer. Trató de verme sin que yo lo notase, y rió al fin, levantando el rostro, lleno de recompensas por un instante de supuesta severidad, diciéndome:

—Conque, enfadado, ¿eh? Voy a contarle, señor, para qué son todas las azucenas que dé la mata.

Al tratar de ponerse en pie, asida de la mano

que yo le ofrecí, volvió a caer arrodillada, porque la detenían algunos cabellos enredados en las ramas del rosal; los separamos, y entonces sacudiendo graciosamente la cabeza, para arreglar la cabellera, sus miradas tenían una fascinación casi nueva. Apoyada en mi brazo, observó:

—Vámonos, que va a obscurecer.

—¿Para qué son las azucenas?—insistí al dirigirme lentamente al corredor de la montaña.

—¿No sabes para qué servirán las rosas de la mata nueva que te mostré? ¿No?

—Sí.

—Pues las azucenas servirán para una cosa parecida.

—A ver.

—¿Te gustará encontrar en cada carta mía que recibas, un pedacito de las azucenas que dé?

—¡Ah! Sí.

—Eso será como decirte algunas cosas que algunas veces no deben escribirse, y que otras me costaría mucho trabajo expresar bien, porque no me has acabado de enseñar lo necesario para que mis cartas vayan bien puestas... También es cierto.

—¿Qué es cierto?

—Que ambos tenemos la culpa.

Después de haberse distraído en romper bajo sus pies, preciosamente calzados, las hojas secas de los mandules mameyes, regados por el viento, en la callejuela que seguíamos, dijo:

—No quiero ir mañana a la montaña.

—¿Pero no se resentirá Tránsito contigo? Hace un mes que se casó y no la hemos hecho la primera visita. ¿Por qué no deseas ir?

—Porque... por nada. Le dirás que estamos atareados con tu viaje... Cualquiera cosa. Que vengan ella y Lucía el domingo.

—Está bien. Yo volveré muy temprano.

—Sí, y no habrá cacería.

—Pero esa condición es nueva, y Carlos se reía al saber que me la has impuesto.

—¿Y quién ha de ir a decírselo?

—Tal vez yo mismo.

—Y eso, ¿para qué?

—Para consolarle de aquel tiro que erró tan lastimosamente al cazar el venadito.

—¿De veras? A un tigre hubiera sido otra cosa, porque claro está que debe dar miedo.

—Lo que no sabes es que la escopeta de Carlos no tenía munición cuando disparó: Braulio se la había sacado.

—¿Y por qué hizo Braulio eso?

—Por tomar desquite; Carlos y el señor M*** se habían burlado aquella mañana de la flacura de los perros de José.

—Braulio hizo mal, ¿verdad? Pero si no lo hubiera hecho así, no estaría vivo el venadito. Tú no has visto lo alegre que se pone si yo me acerco: hasta Mayo ha conseguido que lo quiera, y muchas veces duermen juntos. ¡Es tan lindo! ¡Cómo lo habrá llorado su madre!

—Suéltalo, entonces, para que se vaya.

—¿Y ella lo buscaría todavía por los montes?

—Tal vez no.

—¿Por qué?

—Porque Braulio me asegura que la venada que mató poco después en la misma cañada de donde salió el chiquito, era la madre.

—¡Ay! ¡Qué hombre! No vuelvas a matar venadas.

Hábame llegado al corredor, y Juan, con los brazos abiertos, salió al encuentro de María: ella lo aupó y desapareció con él, después de haberle hecho reclinar la cabeza soñolienta sobre uno de aquellos hombros de porcelana sonrosada, que ni su pañolón, ni su cabellera, se atrevían en algunos momentos a ocultar.

XLVI

Dos días después bajé de la montaña. El sol desde el zénit, sin nubes que lo estorbaran, lanzaba su intensa luz, intentando abrasar todo lo

que el follaje de los árboles no defendían de sus rayos de fuego. Las arboledas estaban silenciosas, la brisa no movía sus ramajes ni aleteaba una ave en ellos; las chicharras festejaban infatigables aquel día de estío con que se engalanaba Diciembre; las aguas cristalinas de las fuentes rodaban precipitadas para ir a secretarse bajo los tamarindos y hobos y esconderse después en los hierbabuenaes frondosos; el valle y sus montañas parecían iluminados por el resplandor de un espejo gigantesco. Seguíanme Juan Angel y Mayo. Divisé a María, que llegaba del baño, acompañada de Juan y Estéfana. El perro corrió hacia ellos, y se puso a dar vueltas alrededor del bello grupo, estornudando y dando aullidos como solía hacerlo para expresar su contento. María me buscó con mirada anhelosa por todas partes, y me divisó al fin a tiempo que yo saltaba el vallado del huerto. Dirigíme hacia donde ella estaba. Sus cabellos, conservando las ondulaciones que las trenzas les habían imprimido, le caían en bucles desordenados sobre el pañolón y parte de la falda blanca, que recogía con la mano izquierda mientras con la derecha se abanicaba con una rama de albahaca. Estaba sentada bajo el ramaje del aranjero del baño, sobre una alfombra que Estéfana acababa de extender, cuando me acerqué a saludarla.

—¡Qué sol!—me dijo,—por no haber venido temprano.

—¡No fué posible!

—Casi nunca es posible. ¿Quieres bañarte y esperaré?

—¡Ah! No.

—Si es porque falta en el baño algo, yo no puedo ponérselo ahora.

—¿Rosas?

—Sí; pero ya las tendrá cuando vengas.

Juan, que había estado haciendo bambolear los últimos de naranjas que estaban a su alcance y que sobre el césped, se arrodilló delante de María para que ella le desabrochara la blusa. Ese día

trafa yo una abundante provisión de lirios; pues, además de los que me habían guardado Tránsito y Lucía, encontré muchos en el camino; escogí los más hermosos, para entregárselos a María, y recibiendo de Juan Angel otros, los arrojé al baño. Ella exclamó:

—¡Ay! ¡Qué lástima! ¡Tan lindos!

—Las ondinas—le dije,—hacen lo mismo con ellos cuando se bañan en los remansos.

—¿Quiénes son las ondinas?

—Unas mujeres que quisieran parecerse a tí.

—¿A mí? ¿Dónde las has visto?

—En el río las veía.

María rió, y como me alejaba, me dijo:

—No me entretuve sino un ratito.

Media hora después entró en el salón, donde le esperaba yo. Sus miradas tenían esa brillantez y sus mejillas ese suave sonrosado que tanto la embellecían cuando salía del baño. Al verme, se detuvo, exclamando:

—¡Ah! ¿Por qué aquí?

—Porque supuse que entrarías.

—Y yo creí que me esperabas.

Sentóse en el sofá que le indiqué, e interrumpió luego algo en que pensaba, para decirme:

—¿Por qué es así?

—¿Qué cosa?

—Esto sucede siempre.

—No has dicho qué...

—Que si imagino que vas a hacer algo, lo haces. ¿Y por qué me avisa también algo que ya vienes, si has tardado? Esto no tiene explicación. Yo quería saber desde hace días si sucediéndome eso ahora, cuando no estés aquí, ya podrás adivinar lo que yo haga y saber si estás pensando...

—En tí, ¿no?

—Será. Vamos al costurero de mamá, que por esperarte no he hecho nada hoy, y ella quiere que esté a la tarde lo que estoy cosiendo.

—¿Allá estaremos solos?

—¿Y qué nuevo empeño es ese de que estemos siempre solos?

—Todo lo que me estorba...

—¡Chit!—dijo poniéndose un dedo sobre los labios.—¿Ya ves? Están en la repostería—añadió sentándose.—¿Conque son muy lindas esas mujeres?—preguntó sonriéndose y arreglando la costura.—¿Cómo se llaman?

—¡Ah! Son muy lindas.

—¿Y viven en los montes?

—¡En las orillas del río!

—¿Al sol y en el agua? No deben de ser muy blancas.

—En las sombras de los bosques.

—¿Y qué hacen allí?

—No sé qué hacen, lo que sí sé es que ya no las encuentro.

—¿Y cuánto hace que te sucede esa desgracia? Por qué no te esperarán? Siendo tan bonitas, estarás apesadumbrado.

—Están... ¡pero tú no sabes qué es estar así!

—Pues me lo explicarás tú. ¿Cómo están?... No, señor—agregó escondiendo en los pliegues de la falda que tenía sobre la falda, la mano derecha, que yo había intentado tomarle.

—Está bien.

—Porque no puedo coser, y no dices cómo están las... ¿cómo se llaman?

—Voy a confesártelo.

—A ver, pues.

—Están celosas de tí.

—¿Enojadas conmigo?

—Sí.

—¡Conmigo!

—Antes yo sólo pensaba en ellas, y después...

—¿Después?...

—Las olvidé por tí.

—Entonces me voy a poner muy orgullosa.

Su mano derecha estaba ya jugando sobre un brazo de la butaca, y era así como solía indicarme que podía tomarla. Ella siguió diciendo:

—¿En Europa hay ondinas?... Oígame, mi amiga, ¿en Europa hay?

—Sí.

—¿Entonces, quién sabe!

—Es seguro que aquéllas se pintan las mejillas con zumos de flores rosadas, y se ponen corsé y botines.

María trataba de coser, pero su mano derecha no estaba firme. Mientras desenredaba la hebra, observó:

—Yo conozco uno que se desvive por ver pies lindamente calzados. Las flores del baño se van a ir por el desagüe.

—¿Eso quiere decir que debo irme?

—Es que me dá lástima que se pierdan.

—Algo más es.

—De veras: que me queda como pena... y otra cosa de que nos vean tantas veces solos... y Emma y mamá van a venir.

XLVI

Mi padre habfa resuelto ir a la ciudad antes de mi partida, tanto porque los negocios lo exigían urgentemente, como para tomarse tiempo allí para arreglar mi viaje. El 14 de enero, víspera del día en que debía dejarnos, a las siete de la noche, y después de haber trabajado juntos algunas horas, hice llevar a su cuarto una parte de mi equipaje que debía ir con el suyo. Mi madre acomodaba los baúles, arrodillada sobre una alfombra, y Emma y María la ayudaban. Ya no quedaban por acomodar sino mis ropas. María tomó algunas piezas de éstas, que estaban en los asientos inmediatos, y al reconocerlas, preguntó:

—¿Esto también?

Mi madre las recibió sin responder, y se llevó algunas veces el pañuelo a los ojos, mientras las iba colocando. Salí, y al regresar con algunos papeles que debían ponerse en los baúles, encontré a María recostada en la baranda del corredor.

—¿Qué es?—la dije.—¿Por qué lloras?

—Si no lloro...

—Recuerda lo que me tienes prometido.

—Sí, ya sé: tener valor para todo eso. Si fuera posible que me dieras parte del tuyo... Pero yo no he prometido a mamá, ni a ti, no llorar. Si tu ceño no estuviese diciendo más de lo que estas lágrimas dicen, yo las ocultaría... pero después, quién las sabrá...

Enjugué con mi pañuelo las que le rodaban por las mejillas, diciéndole:

—Espérame, que vuelvo.

Me recliné a su lado en la baranda.

—Mira—me dijo mostrándome el valle tenebroso,—mira cómo se han entristecido las noches; cuando vuelvan las de agosto, ¿dónde estarás ya?

Después de unos momentos de silencio, agregó:

—Si no hubieras venido, si, como papá pensó, no hubieses vuelto antes de seguir para Europa...

—¿Habría sido mejor?

—¿Mejor?... ¿mejor?... ¿Lo has creído alguna vez?

—Bien sabes que no he podido creerlo.

—Yo sí: cuando papá me dijo eso que le ofende la enfermedad que tuve. ¿Y tú nunca?

—Nunca.

—¿Y en aquellos diez días?

—Te amaba como ahora; pero lo que el médico y mi padre...

—Sí; mamá me lo ha dicho. ¿Cómo podré pagarte?

—Ya has hecho lo que yo podía exigirte en recompensa.

—¿Algo que valga tanto así?

—Amarme como te amé entonces, como te amo hoy; amarme mucho.

—¡Ay! sí; pero aunque sea una ingratitud, eso no ha sido por pagarte lo que hiciste.

Y apoyó por unos instantes la frente sobre su mano, enlazada con la mía.

—Antes—continuó, levantando lentamente la ca-

beza,—me habría muerto de vergüenza al hablar-
te así. Tal vez no hago bien...

—¿Mal, María? ¿No eres, pues, casi mi esposa?

—Es que no puedo acostumbrarme a esa idea;
tanto tiempo me pareció imposible...

—¿Pero hoy? ¿aun hoy?

—No puedo imaginarme cómo serás tú, y cómo
seré yo entonces... ¿Qué buscas?—preguntóme,
sintiendo que mis manos registraban las suyas.

—Esto—le respondí, sacándole del dedo anular
de la mano izquierda una sortija en la cual es-
taban grabadas las iniciales de los nombres de sus
padres.

—¿Para usarla tú? Como no usas sortijas, no
te la había ofrecido.

—Te la devolveré el día de nuestras bodas; re-
emplázala, mientras tanto, con ésta; es la que mi
madre me dió cuando me fui para el colegio; por
dentro del aro están tu nombre y el mío. A mí
no me ajusta; a tí sí; ¿eh?

—Bueno, pero ésta no te la devolveré nunca.
Recuerdo que días antes de irte se te cayó en
el arroyo del huerto, y yo me descalcé para bus-
carla; y como me mojé mucho, mamá se enojó.

Algo obscuro como la cabellera de María y ve-
loz como el pensamiento, cruzó por delante de
nuestros ojos. María dió un grito ahogado, y cu-
briéndose el rostro con las manos, exclamó ho-
rrorizada:

—El ave negra.

Temblorosa, se asió de uno de mis brazos. Un
calofrío de pavor me recorrió el cuerpo. El zum-
bido metálico de las alas del ave ominosa no se
oía ya. María estaba inmóvil. Mi madre, que se-
ñalaba del escritorio con una luz, se acercó alarmada
por el grito que acababa de oír a María; ésta es-
taba lívida.

—¿Qué es?—preguntó mi madre.

—Esa ave que vimos en el cuarto de Efraín.

La luz tembló en la mano de mi madre, quien
dijo:

—Pero, nifia, ¿cómo te asustas así?

—Usted no sabe... Pero no tengo ya nada. Va-
pos de aquí—añadió llamándose con la mirada
a más serena.

La campanilla del comedor sonó, y nos diri-
gimos allá, cuando María se acercó a mi madre
para decirle:

—No le vaya a contar mi susto a papá, porque
reirá de mí.

XLVIII

A las siete de la mañana siguiente, ya habia
ido de casa el equipaje de mi padre, y él y yo
estábamos el café en traje de camino. Debía acom-
pañarle hasta cerca de la hacienda de los señores
M***, de los cuales iba a despedirme lo mis-
mo que de otros vecinos. La familia estaba toda
en el corredor cuando acercaron los caballos para
montáramos. Emma y María salieron de mi
lado en aquel momento, lo cual me llamó la
atención. Mi padre, después de besar en las mejil-
las a mi madre, le besó la frente a María, a Emma
y a cada uno de los niños, hasta llegar a Juan,
en le recordó el encargo que le había hecho
de ir con un galapaguito con pistolerías, para ensillar un
caballo guaucho que le servía de diversión aque-
llos días.

Detúvose de nuevo mi padre delante de María,
después de bajar la escalera, y la dijo en voz baja,
poniéndole una mano sobre la cabeza y tratando
silenciosamente de conseguir que le mirara:

—Hemos convenido en que estarás muy guapa
y muy juiciosa; ¿no es verdad, mi señora?

María le significó una respuesta afirmativa, y
sus mejillas sonrosadas por el pudor inten-
taron deslizarse lágrimas que ella enjugó precipi-
tamente. Me despedí hasta la tarde, y estando
cerca de María, mientras montaba mi padre,
me dijo, de modo que ningún otro lo oyera:
—Ni un minuto después de las cinco.

De la familia de don Jerónimo, solamente Carlos estaba en la hacienda; éste me recibió lleno de gozo, y tratando de obtener de mí, desde el punto en que me abrazó, que pasara todo el día con él. Visitamos el ingenio, costosamente montado, aunque con poco gusto y arte; recorrimos el huerto, hermosa obra de los antepasados de la familia, y fuimos por último a ver la cuadra, donde había media docena de valiosos caballos.

Fumábamos de sobremesa, después del almuerzo, cuando Carlos me dijo:

—Por lo mismo, me será imposible verte antes de que nos digamos adiós, con tu cara alegre de estudiante, con aquella que ponías para atormentarme al contarte algún capricho desesperador de Matilde. Pero, al cabo, si estás triste porque te vas, esto significa que estarías contento si te quedaras... ¡Diablo de viaje!

—No seas mal agradecido—le respondí,—desde que regrese tendrás médico de balde.

—Cierto, hombre. ¿Crees que no había caído en la cuenta? Estudia mucho para volver pronto. Si mientras tanto no me mata un tabardillo atrapado en estos llanos, es posible que me encuentres hidrópico. Estoy aburriéndome de un modo alarmante. Todo el mundo quiso aquí que fuera a pasar la Nochebuena en Buga; y para quedarme, tuve que fingir que me había dislocado un tobillo, a riesgo de que tal conducta me desacredite lastimosamente entre la numerosa turba de mis primas. Al fin tendré que pretextar algún negocio en Bogotá, aunque sea el de traer soches y ruanas como Emigdio... traer cualquier cosa.

—¿Como una mujer?—le interrumpí.

—¡Toma! ¿te imaginas que no he pensado en eso? Mil veces por las noches hago mis proyectos. Figúrate: tumbado boca arriba en un catre desde las seis de la tarde, aguardando a que vengan los negros a rezar, a que me llamen después a tomar el chocolate y oyendo luego conchavar raíces, despajes y siembras de caña. A la madrugada de todos los días, el primer olor de hazar-

gal que llega a las narices, deshace todos mis castillos.

—Pero leerás.

—¿Que leo? ¿pero con quién hablo de lo que leo? ¿con ese cotudo de mayordomo, que bosteza desde las cinco?

—Saco en limpio que necesitas urgentemente casarte, que has vuelto a pensar en Matilde y que proyectas traerla aquí.

—Al pie de la letra; eso ha sucedido así: después que me convencí que había cometido un dislate, intentaron casarme con tu prima (Dios y ella me lo perdonen), vino la tentación que dices. Pero, ¿sabes lo que suele sucederme? Después de costarme tanto trabajo como resolver uno de aquellos problemas de Bracho, imaginarme bien que Matilde es ya mi mujer y que está en mi casa, suelto la carcajada al suponerme qué sería de la infeliz.

—Pero, ¿por qué?

—Hombre, Matilde es de Bogotá, como la pila de San Carlos, como la estatua de Bolívar, como el portero Escamilla; tendría que echárseme a perder en la trasplana. Y ¿qué podría yo hacer para evitarlo?

—Pues hacerte amar de ella siempre, proporcionarle todos los refinamientos y recreaciones posibles... en fin, tú eres rico, y ella te serviría de estímulo para el trabajo. Además, estas llanuras, estos ríos, estos bosques, ¿son por ventura cosas que ella ha visto? ¿son para verse y no amarse?

—Ya sales con poesías. ¿Y mi padre y sus campesinadas? ¿y mis tías con sus humos y gazmoñerías? ¿y esta soledad? ¿y el calor?... ¿y el demonio?

—Aguárdate—le interrumpí riéndome,—no lo tomes tan a pecho.

—No hablemos más de esto. Dáte prisa para que vuelvas pronto a curarme. Cuando regreses, te casarás con la señorita María, ¿no es así?

—Dios mediante.

—¿Quieres que sea tu padrino?

—Con mil amores.

—Gracias. Es, pues, cosa convenida.

—Haz que me traigan mi caballo—le dije después de un rato de silencio.

—¿Te vas ya?

—Lo siento; pero en casa me esperan temprano; ya ves que está muy próximo el viaje... y tengo que despedirme hoy de Emigdio y de mi compadre Custodio, que no están muy cerca.

—¿Te vas el treinta precisamente?

—Sí.

—Te quedan sólo quince días; no debo detenerme. Al fin te has reído de algo, aunque haya sido de mi tedio.

Ni Carlos ni yo pudimos ocultar el pesar que nos causaba aquella despedida. Vadeaba el Amamilo, a tiempo que oí se me llamaba, y divisé a mi compadre Custodio saliendo de un bosque inmediato. Cabalgaba en un potrón melado, de rienda todavía, sobre una silla de gran cabeza; llevaba camisa de listado azul, los calzones arremangados hasta la rodilla y el capisayo atravesado a lo largo sobre los muslos. Seguía montado en una yegua albina, agobiada por los años y por cuatro racimos de plátanos, un muchacho cretino, el mismo que desempeñaba en la chagra funciones combinadas de porquero, pajarero y hortelano.

—Dios le guarde, compadrito—me dijo el viejo, cuando estuve cerca.—Si no me encimo a gritarlo, se me escabulle.

—A su casa iba, compadre.

—No me lo diga. Y yo que por poco no salgo de esas selvas; pero en el trapiche me las ha de pagar todas juntas. Si no acierto a pasar por el llanito de la puerta y a ver los gualas, hastora estaría haragancando en su busca. Me fuí dijilo, y dicho y hecho: medio comido ya el muleto y tan bizarro que parecía de dos meses. Ni el cuero se puede sacar, que con otro me habría servido para hacer unos zamarras, que los que tengo están de la vista de los perros.

—No se le dé nada, compadre, que muletos le van de sobrar y años para verlos de recua. Vámonos, pues.

—Nada, señor—dijo mi compadre empezando a andar, precediéndome,—si es cansera; el tiempo está de lo pésimo. Hágase cargo; la miel, a real; la rapadura, no se diga; la azucarita que sale blanca, a peso; los quesos de balde, y los puercos tragándose todo el maíz de la cosecha, y como si se botara al río. Los balances de su comadre, aunque la pobre es un ringlete, no dan ni para velas; no hay cochada de jabón que pague lo que se gasta; y esos garosos de guardas tras del sacatín que se las pelan... ¡Qué le cuento! le compré al amo don Jerónimo el rastrojo aquel del gualalito, ¡pero qué hombre tan tirano! cuatrocientos patacones y diez terneros de aparte me sacó.

—¿Y de dónde salieron los cuatrocientos? ¿del jabón?

—¡Ah! Usted para temático, compadre. Si rompimos hasta la alcancía de Salomé para poder pagarle.

—Y Salomé, ¿sigue tan trabajadora como antes?

—¿Y si no, dónde le diera la agua? Labra tiras de lomillo que es lo que hay que ver, y ayuda en todo; al fin hija de su mamá. Pero si le digo que esa muchacha me tiene zurumbático, no le miento.

—¿Salomé? ella tan formalita, tan recatada...

—Ella, compadre; así tan práctica como la vé.

—¿Qué sucede?

—Usted es caballero de veras y mi amigo, y se lo voy a contar, en vez de írselo a decir al señor cura de la parroquia, que yo creo que de puro santo no tiene ni malicia y se le pasea el alma por el cuerpo. Pero, aguárdese, paso yo el primero ese zanjón, porque para no embarrarse en él, se necesita baquía.

Y volviéndose al que venía durmiendo entre los plátanos:

—Vé el camino, Tembo, porque si se atolla la

yegua, con gusto pierdo los guangos por dejarte ahí.

El cotudo rió estúpidamente y dió por respuesta algunos rezongos inarticulados. Mi compadre continuó:

—¿Usted conoce a Tiburcio, el mulatito que crió el difunto Murcia?

—¿No es el que se quería casar con Salomé?

—Allá llegaremos.

—No sé quién lo crió. Pero, vaya si le conozco: le he visto en casa de usted y en la de José, y aun hemos cazado juntos: es un guapo mozo.

—Ahí donde le vé, no le faltan ocho buenas vacas, su punta de puercos, su estancia y dos buenas yeguas de silla. Porque ñor Murcia, aunque vivía renegando que daba miedo, era un buen hombre, y le dejó todo eso al muchacho. Es el hijo de la mulata que le costó al viejo una rebotación de tiricia que por poco se lo lleva, pues a los cuatro meses de haber comprado la zambra en Quilichao, se le murió; y yo supe el cuento, porque entonces me gustaba jordalear algunas veces en la chagra de ñor Murcia.

—¿Y qué hay con Tiburcio?

—Allá voy. Pues, señor, va para ocho meses que empecé a notar que al muchacho no le faltaban pretextos para venir a vernos; pero pronto le cogí la mácula, y conocí que lo que buscaba era ocasión de ver a Salomé. Un día se lo dije por claro a Candelaria, y ella me salió con la repostada de que tal vez me había caído nube a los ojos y que el cuento era rancio. Me puse en atisba un sábado en la tardecita, porque Tiburcio no faltaba en esos días, a esa hora, y cate usté que ví a la muchacha salirle al encuentro apenas lo sintió, y no me quedó pizca de duda... Eso sí, nada ví que no fuera legítimo. Pasaron días y días y Tiburcio no abría la boca para hablar del casamiento; pero yo pensaba: cateando que estará a Salomé, y bien guanábano será si no se casa con ella, pues no es ninguna mechosa, y tan mujer de su casa no hay riesgo que la halle. Cuando

de golpe dejó de venir Tiburcio, sin que Candelaria pudiera sacarle a la muchacha el motivo; y como a mí me tiene Salomé el respeto que debe, menos pude averiguarle; y desde ante de noche Tiburcio no se asoma allá. ¿Si será usted amigo del niño Justiniano, hermano de don Carlitos?

—No le veo desde que éramos chicos.

—Pues quítele las patillas que ha echado don Carlos, y ahí lo tiene individual. Pero ojalá fuera como el hermano; es el mismo de patas, pero bonito mozo, para qué es negarlo. Yo no sé dónde vió él a Salomé: tal vez sería ahora que estuvo empeñado sobre hacer el cambalache con su padre, porque el niño ese vino a herrar los terneros, y desde el mismo día no me deja comer el plátano a gusto.

—Eso no será bueno.

—Yo, que se lo cuento con riesgo de que su comadre, si lo sabe, me diga un día que esté lunática, que soy un garlero, sé lo que hago. Pero no hay mal que no tenga su cura: he estado dando y cavando hasta dar en el toque.

—A ver, compadre; pero dígame antes (y dispense si hay indiscreción en preguntárselo), ¿qué cara le hace Salomé a Justiniano?

—Déjeme, señor; si eso es lo que me tiene día y noche como si durmiera yo sobre pringamoza... compadre, la muchacha está picada... Por no matarla... Y la pela que le doy si se mete el mandinga... Lo quiere, niño, y por eso le cuento a usted todo, para que me saque con bien.

—¿Y en qué ha conocido usted que está enamorada Salomé?

—¡Válgame! No habré visto yo cómo le bailan los ojos cuando vé al blanquito, y que toda ella se pone como azogada, si le pasa agua o candela. porque parece que él vive con sequía, y que fumar es lo único que tiene que hacer; pues por candela y agua arrima a casa arreo arreo; y no hace falta los domingos en la tarde en casa de la vieja Dominga; ¿no la conoce?

—Algún alacrán que se habrá comido, compadre.

—¡Deónde! Si trabajo costaba para que probara comida fría; convéznase de que la bruja le hizo maleficio; pero no era allá donde yo iba. Enanticos que fui a buscar la yegua me encontré a la vieja en el guayabal, que iba para casa, y como ando orejero, todo fué verla y me lo aboqué por delante, para decirle:

«Vea, ña Dominga, devuélvase, porque allá tienen las gentes oficio en lugar de estar en conversas. Van dos viajes con éste, que le he dicho que me choca verla en casa». Toda ella se puso a temblar, y yo, que la ví asustada, pensé al galope: este retobo no anda en cosa buena. Salió con esas y las otras: pero la dejé como en misa cuando la dije: «Mire que soy malicioso, y si la cojo a usted en la que anda, yo la desuelto a rejo, y si no lo hago, que me quiten el nombre».

La exaltación de mi compadre había llegado al colmo. Santiguándose, continuó:

—¡Jesús, creo en Dios padre! Esa cangalla es capaz de hacerme perder, un día que se me revista la ira mala. Es bueno hacer blanco; tener un hombre de bien su hijita que tantas pesadumbres le ha costado, y no ha de faltar quien quiera hacerlo bochornar a uno de lo más querido.

Mi irascible compadre estaba próximo a un acceso de enternecimiento, y yo, a quien no habían parecido salvas y repiques sus últimas palabras, me apresuré a decirle:

—Veamos el remedio que usted ha encontrado para el mal; porque yo voy creyendo que es cosa grave.

—Pues verá: su mamá le propuso el otro día a mi mujer que le mandara allá a Salomé por unas semanas, para que la muchacha aprendiera a coser en fino, que es todo lo que Candelaria desea. Entonces no se pudo. Yo no le conocía a usted como ahora.

—¡Compadre!

—Por la verdad murió Cristo. Ya el caso es

diferente; quiero que su mamá me tenga allá unos meses a la muchacha, que por ahí no se ha de ir a buscarla ese enemigo malo. Salomé se ajuciará y será lo mismo que decirle al que quiera alborotármela que se vaya a la punta de un cuerno. ¿Le parece?

—Por supuesto. Hoy mismo le hablaré a mi madre, y ella y las muchachas se pondrán muy contentas. Yo le prometo que todo se allanará.

—Dios se lo pague, compadre. Entonces yo me daré formas de que usted hable hoy un rato solo con Salomé: así como quien no quiere la cosa, le propone que vaya a su casa y le dice que su mamá la estará esperando. Usted me cuenta luego qué ha notado, y así nos saldrá luego derecho como un surco. Pero si la muchacha se me encapricha, sí, le juro que un día de estos le encajo en uno de mis mochos y al beaterio de Cali va a dar, que ahí no se me le ha de sentar una mosca, y si no sale casada rezando y aprendiendo a leer en libro, la tengo hasta que San Juan agache el dedo.

Pasábamos por el trastrojo recién comprado por Custodio y éste me dijo:

—¿No vé qué primor de tierra y cómo está el espino de mono, que es la mejor señal de buen terreno? Lo único que lo daña es la falta de agua.

—Compadre—le respondí,—si ya puede usted ponerle toda la que quiera.

—No embrome; entonces no lo vendo ni por el doble.

—Mi padre consiente en que tome usted cuanto necesite de los potreros de abajo; yo le hice ver lo que usted me recomendó; y él extrañó que no se le hubiese pedido antes el permiso.

—Pero qué memoria la suya, compadre: mire que aguardar ahora para avisármelo... Dígamele al patrón que se lo agradezco en mi alma, que ya sabe que no soy ningún ingrato, y que aquí me tiene en cuanto tengo para que me mande. Candelaria va a estar de pascuas; agua a mano para la huerta, para el sacatín, para la manguita... Su-

póngase que la que pasa por casa es un hilito y eso revuelta por los puercos de mi compañero Rudesindo, que lo que es en hozar y dañarme las quichas no vagan; de forma que para cuanto de limpio hay que hacer en casa, tienen que empuntar al mudo con la yegua cargada de calabazas a Amaimito, porque para tomar agua de la Honda, mejor es tragar lejía de la pura caparrosa que tiene.

—Es cobre, compadre.

—Eso será.

La noticia del permiso que le concedía mi padre para tomar agua, refrescó al chagrero hasta el punto de hacer que el potrón en que iba luciera la trastada en que decía el picador lo estaba metiendo.

—¿De quién es ese potro? ¿No tiene el fierro de usted?

—¿Le gusta? El del abuelo Somera.

—¿Cuánto vale?

—Pues para no andar con vueltas ni rodeos, le confesaré que don Emigdio no quiso cuatro medallas, y éste es un ranga delante del rucio negro mío, que ya lo tengo de freno y manotea el paso llano, y saca la cola que es un gusto; así me costó amansarlo; para una semana entera me baldó ese brazo, porque no hay otro que la gane en lo canónigo, y un ramache en el dos y dos; engordando lo tengo, pues tras la última tambarría que le dí, quedó en la espina.

Llegábamos a la casa de custodio, y él taloneó el potro para darle trazas de abrir la puerta del patio. Apenas dió ésta tras de nosotros el último quejigo y un golpe que hizo estremecer al caballote pajizo, me aconsejó mi compadre:

—Ándele vivo y con tiento a Salomé a ver qué le saca.

—Pierda cuidado—le respondí, haciendo llegar al corredor mi caballo, al cual espantaba la ropa blanca colgada por allí.

Cuando traté de apearme, ya le había tapado mi compadre la cabeza al potro con el capisayo,

y estaba teniéndome el estribo y la brida. Después de amarrar las cabalgaduras, entró gritando:

—Candelaria, Salomé.

Sólo los bimbos contestaban.

—Pero ni los perros—continuó mi compadre, como si a todos se les hubiese tragado la tierra.

—Allá voy—respondió desde la cocina mi madre.

—¡Hu turutas! si es que aquí está compadre Efraín.

—Aguárdame un nada, compadrito, que es porque estamos bajando una rapadura y se nos quemó.

—¿Y Fermín, dónde se ha metido?—preguntó Custodio.

—Se fué con los perros a buscar el puercito cimarrón—respondió la voz melodiosa de Salomé.

Esta se asomó de pronto a la puerta de la cocina, mientras mi compadre se empeñaba en ayudarme a quitar los zamarros. Era la casita de la chagra pajiza y de suelo apisonado, pero muy limpia y recién enjalbegada; rodeada de cafés, anones, papayuelos y otros árboles frutales, iba a tener en adelante, según esperanzas que tan favorablemente habían mejorado el humor de su dueño, agua corriente y cristalina. La salida tenía por adorno algunos taburetes aforrados en cuero duro, un escaño, una mesa cubierta por entonces con almidón sobre lienzos, y el aparador donde lucían platos y escudillas de varios tamaños y color. Cubría una alta cortina de zaraza rosada la puerta que conducía a las alcobas, y sobre la cornisa de ésta descansaba una deteriorada imagen de la Virgen del Rosario, completando el altarillo dos pequeñas estatuas de San José y San Antonio colocadas a uno y otro lado de la lámina. Salió a poco de la cocina mi rolliza y reidora comadre, sofocada con el calor del fogón y empuñando en la mano derecha una caguínga. Después de darme mil quejas por mi inconstancia, terminó por decirme:

—Salomé y yo le estábamos esperando a comer.
—¿Y eso?

—Aquí llegó Juan Angel por unos reales de huevos, y la señora me mandó decir que usted venía hoy. Yo mandé llamar a Salomé al río, porque estaba lavando, y preguntéle lo que le dije, que no me dejará mentir: «si mi compadre no viene hoy a comer aquí, le voy a poner de vuelta y media».

—Todo lo cual significa que me tienen preparada una boda.

—No le he visto yo comer aún con gana un sancocho hecho de mi mano; lo malo es que todavía se tarde.

—Mejor, porque así tendré tiempo para ir a bañarme. A ver, Salomé—dije parándome a la puerta de la cocina, a tiempo de que mis compadres se entraban en la sala conversando bajo,—¿qué me tienes tú?

—Jalea y esto que le estoy haciendo—me respondió sin dejar de moler.—Si supiera que lo he estado esperando como pan bendito...

—Esto será porque me tienes muchas cosas buenas.

—Una porción. Aguárdeme una nadita mientras me lavo para darle la mano, aunque será fianga, porque como ya no es mi amigo...

Esto decía sin mirarme de lleno, y entre alegre y vergonzosa; pero dejándome ver, al sonreír su boca de medio lado, aquellos dientes de blancura inverosímil, compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios, sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez escapa por su belleza a toda comparación. Al ir y venir de los desnudos y mórbidos brazos sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta toda su flexibilidad, le temblaba la suelta cabellera sobre los hombros, y se movían los pliegues de su camisa, blanca y bordada.

Sacudiendo la cabeza hacia atrás para volver a la espalda los cabellos, se puso a lavarse las ma-

nos, y acabándose las de secar sobre los cuadriles, me dijo:

—¡Cómo le gusta ver moler!... Si supiera—continuó más paso,—qué molida me tiene... ¿No le digo que le he estado esperando?

Colocada de manera que de fuera no podían verla, continuó, dándome la mano:

—Si usted no se hubiera estado un mes sin venir, me habría hecho un bien. Vea a ver si mi taita está por ahí.

—Ninguno está. ¿No puedo hacerte el mismo bien ahora?

—Ya ¡quién sabe!

—Pero dí a ver. ¿No estás persuadida de que lo haré de mil amores?

—Si le dijera que no, sería una mentirosa, porque desde que tomé tanto empeño para que ese señor inglés viniera a verme cuando me dió el labardillo y muchísimo interés para que yo me alentara, me convencí de que sí me tenía cariño.

—Me alegro de que me conozcas.

—Pero es que lo que yo tengo que contarle es tantísimo, que así de pronto no se puede, y antes un milagro es que ya no esté mi mamá aquí. Escuche, que ahí viene.

—No faltará ocasión.

—¡Ay señor! Y yo me conformo con que se vaya hoy sin decirse todo.

—Conque, ¿va a bañarse, compadrito?—dijo entrando Candelaria.—Entonces voy a traerle una sábana bien olorosa y orita mismo se va con Salomé y su ahijado; antes ellos traen un viaje de agua, y ésta lava unos coladores, que con el viaje del mudo por los plátanos y lo que ha habido que hacer para usted y para mandar a la parroquia, no ha quedado sino la de la tinaja.

Al oír la propuesta de la buena mujer, me persuadí de que ella había entrado de lleno en un plan de su marido, y Salomé me hizo al descuido una muequecita expresiva de modo que con los labios y ojos me significó a un mismo tiempo:

«Ahora sí». Salí de la cocina, y paseándome en la sala mientras se preparaba lo necesario para el viaje al baño, pensaba que sobrada razón tenía mi compadre en celar a su hija, pues a cualquiera menos malicioso que él podía ocurrírsele que la cara de Salomé, con sus lunares y aquel talle y andar y aquel seno, parecía cosa más que cierta, contada. Interrumpió aquellas consideraciones Salomé, la cual, parándose en la puerta, me dijo:

—¿No vamos?

Y dándome a oler la sábana que llevaba colgada en un hombro, añadió:

—¿Qué olor tiene?

—El tuyo.

—A malvas, señor.

—Pues a malvas.

—Porque yo tengo siempre muchas en mi baúl. Camine y no vaya a creer que es lejos; lo vamos a llevar por debajo del cacaotal; al salir del otro lado, no hay que andar sino un pedacito, y ya estamos allá.

Fermín, cargado con los calabazos y coladeras, nos precedía. Este era mi ahijado; tenía yo trece años y él dos cuando le serví de padrino de confirmación, debido ello al afecto que sus padres me habían dispensado siempre.

XLIX

Sallamos del patio por detrás de la cocina, cuando mi comadre nos gritaba:

—No se vayan a entretener, que la comida está en estico.

Salomé quiso cerrar la puertecica de trancas por donde habíamos entrado al cacaotal; pero yo me puse a hacerlo, mientras ella me decía:

—¿Qué hacemos con Fermín, que es tan cuentero?

—Tú lo verás.

—Ya sé; deje que estemos más allá y yo lo engaño.

Cubríanos la densa sombra del cacaotal, la cual parecía no tener límites. La belleza de los pies de Salomé, que la falda de pancho azul dejaba visibles hasta arriba de los tobillos, resaltaba sobre el sendero negro y la hojarasca seca. Mi ahijado iba tras de nosotros arrojando mazorcas secas y pepas de aguacate a las magüiblancas que gemían bajo los follajes y a los cucaracheros. Al llegar al pie de un cachimbo, se detuvo Salomé y dijo a su hermano:

—¿Si irán las vacas a ensuciar el agua? Seguro, porque a esta hora están en el bebedero de arriba. No hay más remedio que ir en una carrera a espantarlas; corre, mi vida, y vé que no se vayan a comer el socobe que se me quedó olvidado en la orqueta del chiminango. Pero cuidado con ir a romper los trastes o a botar algo. Ya estás allá.

Fermín no se dejó repetir la orden. Bien es verdad que se le había dado de la manera más dulce y comprometedora.

—¿Ya yino?—me preguntó Salomé acortando el paso y mirando hacia las ramas con mal fingida distracción.

Se puso luego a mirarse los pies, cual si contara sus lentos pasos; y yo interrumpí el silencio que guardábamos, diciéndola:

—A ver qué es lo que hay y, con qué te tienen molida.

—Pues ahí verá que me dá no sé qué contarle.

—¿Por qué?

—Si es que se me hace hoy como muy triste y... ahora tan serio.

—Es que te parece. Empieza porque después no se ha de poder. Yo también tengo algo muy bueno que contarte.

—¿Sí? Usted primero, pues.

—Empieza tú—le respondí.

—Pues lo que sucede es que Tiburció se ha vuelto un veleta y un ingrato, que anda buscando